

EL FRAGMENTARIO

La vida era una línea recta. Una pista de atletismo con su principio y su fin. El mundo estaba lleno de atletas. El fragmentario representaba a un país de muchos habitantes, el llamado país de la fragmentación. Dentro del estadio comenzó su carrera con una equivocada posición de salida. Sus músculos no eran lo suficientemente fuertes como para colocarse con la necesaria tensión que le proporcionase una actitud de sentido y de firmeza. Y la carrera de la vida comenzó. Oyó el pistoletazo de salida y empezó a correr, a correr y a correr. Corría el fragmentario llevado por la fuerza de la inercia, de un puro instinto de supervivencia. El fragmentario vivía a golpe de instantes. No sabía lo que era trazar con todo su cuerpo, con toda su mente y con todo su corazón un camino de vida, un rumbo a seguir. Si la vida era una pista de atletismo, una línea, él la iba fragmentando con su carrera sin sentido. Troceaba la vida en fragmentos, en compartimentos estancos que no tenían que ver nada unos con otros; cada año cambiaba de trabajo y de compañera. Era como si su existencia fuese un baile de carnaval en el que se disfrazase veces infinitas de infinitos personajes. Y el fragmentario sufría una carencia de identidad que en nada le ayudaba en el camino de la felicidad. Las gradas del

estadio no ayudaban nada al fragmentario. Lejos de ello, lo incitaban a seguir con su vida carente de todo sentido. El sistema perverso que le había tocado vivir era una auténtica máquina sibilina de triturar hombres. Con sus aplausos, lo jadeaban hacia la carrera del puro vacío.